

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Enseñanza y Catequesis

CE

CATEQUESIS



CATEQUESIS HOY 8

Santos Doctores de la Iglesia

Catequesis de Benedicto XVI

Introducción

JOSÉ MANUEL ESTEPA LLAURENS
Cardenal y Arzobispo Emérito Castrense
Miembro de la Subcomisión Episcopal de Catequesis

Tenemos que agradecer al Santo Padre Benedicto XVI, de modo muy especial, sus bellísimas y profundas catequesis dedicadas, semana tras semana, a los Doctores de la Iglesia universal, que vivieron santamente y sirvieron a la fe cristiana desde el siglo IV (san Atanasio, 296-373) hasta finales del siglo XIX (santa Teresa de Lisieux, 1873-1897).

Y es un buen servicio catequético el que hace la Subcomisión Episcopal de Catequesis, por medio de su Secretariado, al editar en el presente libro los textos de las referidas catequesis del Papa, poniéndolas en las manos de sacerdotes, religiosos, catequistas y seglares; realmente pueden ser de gran provecho para la vida espiritual y la formación permanente de unos y otros.

Para mí ha sido un gozo la proclamación en el reciente mes de octubre (2012) de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia, con ocasión del inicio del Año de la fe, establecido por el Sucesor de Pedro. La designación del Maestro Ávila como Doctor de la Iglesia universal hace que sean ya cuatro los santos españoles que la Iglesia incluye en el elenco de Doctores universales: san Isidoro de Sevilla (560-636), santa Teresa de Jesús (1515-1582), san Juan de la Cruz (1542-1591) y, finalmente, san Juan de Ávila (1500-1554).

Impresiona la hondura y riqueza espiritual de la Iglesia en España en aquel siglo XVI. Como vemos, tres de los cuatro Doctores españoles de la Iglesia universal nacieron,



fueron bautizados y caminaron hacia la santidad en aquel siglo. Esto nos hace pensar en aquellas familias y comunidades cristianas que engendraron en su seno a esta serie de espléndidos discípulos de Jesucristo, y cuál debió ser la autenticidad de su fe, de su amor y de su esperanza.

A mi memoria han acudido recuerdos entrañables de mi itinerario como católico. En mi adolescencia (hasta el inicio de mi juventud) me sentí muy cercano a la figura de san Isidoro de Sevilla. Todo el bachillerato lo cursé en el Colegio Leonés, a veinte pasos de la iglesia-colegiata donde se veneran, en León, desde mediados del siglo XI, las reliquias del santo arzobispo de Sevilla. Allí, ante el Santísimo Sacramento de la Eucaristía (permanentemente expuesto), transcurrieron muchas horas de oración y de reflexión sobre mi deseo, día a día más esclarecido y firme, de ofrecerme a la Iglesia para servirle y proclamar el Evangelio de Jesucristo, el Señor. Mucho leí y oí predicar en aquel tiempo sobre la figura de san Isidoro y sobre sus grandes servicios a la Iglesia y a España.

Cuando fui invitado a incorporarme en Salamanca a un pequeño grupo de jóvenes aspirantes al sacerdocio, siete jóvenes, procedentes de diversas regiones españolas y con estudios civiles, yo había terminado los siete años de secundaria y el examen de Estado y comenzado los llamados *cursos comunes* para Filosofía y Letras. Fue para mí (en la víspera de cumplir veintiún años) un verdadero regalo poder iniciar así el camino de formación. Sobre todo quiero resaltar que consagramos el primer curso (1946-1947) a un año propedéutico antes de comenzar los estudios del ciclo filosófico en la Universidad Pontificia. Dicho curso tenía tres objetivos: iniciación a la lectura de la Biblia (en las tardes del domingo, el anciano dominico P. Colunga nos señalaba el plan de trabajo personal para la

semana); los otros dos objetivos eran la iniciación a la liturgia y al oficio divino (rezo del *Breviario*) y la iniciación a la espiritualidad cristiana. Estos otros dos sectores los dirigía un gran sacerdote de aquel tiempo (miembro de la Hermandad de Operarios), don Luis Sala Balust. Él nos acompañaba, dos tardes por semana, en el descubrimiento de la renovación litúrgica de Solesmes en el siglo XIX y de los más recientes y entonces inéditos en español Pío Parsch y Romano Guardini (aunque de este último teníamos ya en castellano *El espíritu de la Liturgia*), pero, sobre todo, nos iniciábamos en el conocimiento y manejo de los textos de santa Teresa, de san Juan de la Cruz y del beato Maestro Juan de Ávila (beato, todavía no santo, pues la proclamación de este como santo tuvo que esperar hasta 1970).

Desde aquellos años de mi juventud doy gracias a Dios por haber conocido, tan de cerca y bebido en sus escritos, al Maestro Apóstol de Andalucía. Estoy seguro de que estos grandes guías para la vida espiritual fueron también los que acompañaron a la mayor parte de tantos miles de jóvenes españoles como, en aquella década de los 40 y 50, aspiraban a consagrarse a la evangelización y al servicio de la fe cristiana en el sacerdocio.

Muy grande es mi gratitud por haberme sentido siempre tan cercano y familiarizado con estos cuatro santos españoles, Doctores de la Iglesia universal.

*Madrid, 1 de noviembre de 2012,
solemnidad de Todos los Santos*



Prólogo

M.^a ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ
Postuladora de la Causa del Doctorado de San Juan de Ávila
Directora de la Oficina para las Causas de los Santos
de la Conferencia Episcopal Española

Santos Doctores de la Iglesia es el título de este octavo volumen de la colección *Catequesis Hoy*, que sale a la luz con ocasión del doctorado de san Juan de Ávila como signo agradecido de que el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres. Porque la Iglesia cuenta hoy con dos nuevos doctores de los que el papa Benedicto XVI acaba de decir que «son faros luminosos y seguros para la *nueva evangelización*».

Ha sido largo el camino hacia el doctorado de san Juan de Ávila, camino que comenzó en 1970, mes y medio después de su canonización, cuando don Laureano Castán Lacoma, estudioso del Santo Maestro, entonces obispo de Sigüenza-Guadalajara, propuso la idea a la Asamblea Plenaria a través del cardenal-arzobispo de Tarragona, don Benjamín de Arriba y Castro, de quien había sido obispo auxiliar. La iniciativa fue acogida desde entonces, hasta hoy, por la Conferencia Episcopal Española.

Esta prolongada trayectoria hacia el doctorado cuenta con un buen número de cualificadas personas que lo han ido haciendo posible con su vida, su entusiasmo y su trabajo. Todas tienen en común haber vivido la esperanza y haber luchado para que amaneciera la gozosa mañana en la que el Maestro Ávila ha sido proclamado doctor de la Iglesia universal.



Nuestro más sincero reconocimiento y gratitud a don Vicente Mayor Gimeno, al P. Álvaro Huerga, a Mons. Juan Esquerda Bidet, a don Francisco Martín Hernández, que asumieron, al comienzo, los necesarios trabajos. Nuestra gratitud también a los presidentes de la Conferencia Episcopal Española que han formulado las sucesivas súplicas del doctorado para san Juan de Ávila: los cardenales-arzobispos de Madrid don Ángel Suquía y don Antonio María Rouco, y el arzobispo de Zaragoza, don Elías Yanes. Un recuerdo agradecido también a don Lope Rubio, mi predecesor en la Postulación, y a cuantos de manera tan generosa y eficaz me han ayudado en el tramo final de este camino, en representación de los cuales solamente nombro a don José Luis Moreno, que estará en la gloria festejando con el Maestro Ávila la alegría de su doctorado. Y, volviendo a los comienzos, no puedo dejar de aludir a don Luis Sala Balust, a don Baldomero Jiménez Duque y a don José Soto Chulià, entre otros, destacados avilistas aún antes de que se planteara la posibilidad del doctorado.

Un lugar muy relevante en el camino hacia el doctorado del Santo Maestro lo ocupa Teresa de Jesús. Sí; santa Teresa de Jesús, contemporánea de san Juan de Ávila y también doctora de la Iglesia universal. Desde que se nos encargó la Postulación de esta Causa comprendimos con claridad que Dios quería llevarla a buen término y, a la vez que por nuestra parte dedicamos a ella los necesarios años de trabajo y esfuerzo, acudimos a Alba de Tormes (Salamanca) para pedirle a la santa, en el lugar mismo donde murió y donde se veneran sus reliquias, que guiara nuestros pasos en la justa dirección y que, ya que ella había sido distinguida con tan destacado título, pusiera a contribución toda su simpatía e ingenio para que también lo fuera el Maestro Ávila, a quien ella hizo llegar confiada, fiándose

de su mejor criterio, el libro de su *Vida*... Y fue eficaz nuestra visita a su sepulcro, porque a partir de aquel momento se fue allanando el camino que tan felizmente ha conducido a la meta final. ¡Gracias, también a ti, de modo muy particular, Teresa de Jesús!

Nuestra singular gratitud, y también de manera muy particular, a la Compañía de Jesús, a la que Juan de Ávila entrañablemente amó, lo mismo que a su fundador Ignacio de Loyola; a la que en sus orígenes envió a sus mejores discípulos, y a la que legó su cuerpo cuando le llegara la muerte. La iglesia de la Compañía de Montilla, hoy basílica menor confiada a la diócesis, ha guardado durante estos casi cinco siglos en lugares muy destacados, últimamente sobre el altar mayor, las reliquias del sacerdote diocesano de Córdoba, maestro, venerable, beato, santo y doctor de la Iglesia universal Juan de Ávila.

Damos nuestras más rendidas gracias a Dios nuestro Señor, que nos ha regalado el doctorado del Santo Maestro precisamente en este momento: al comienzo del Sínodo de la “Nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana” y en el pórtico del Año de la fe. Juan de Ávila, si bien es el patrono del clero secular de España y se preocupó especialmente de la formación de los sacerdotes, lo mismo que hiciera en su tiempo, alza hoy su potente, apremiante y discreta voz para decirnos que todos estamos llamados a la santidad, que hemos de reavivar nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad, y que la Iglesia reclama hoy de nosotros una profunda comunión en humildad y en verdad.

El doctorado del Santo Maestro es feliz término de llegada, y también acuciante punto de partida para una escucha más atenta a su enseñanza, una mirada más solícita a su testimonio de vida, y una acogida más interpelante para



nosotros de este gigante de la fe con que el Señor nos ha querido iluminar el camino de la nueva evangelización.

San Juan de Ávila se une al escogido número de doctores de la Iglesia universal, figuras que la Iglesia destaca especialmente en este tiempo como faros luminosos que alumbran a todos los de la casa.

Índice

Introducción	
JOSÉ MANUEL ESTEPA LLAURENS.....	5
Prólogo	
M. ^a ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ.....	9
I. San Atanasio de Alejandría. Apasionado teólogo de la encarnación del <i>Logos</i>	13
II. San Efrén el Sirio. Teología y poesía para buscar a Dios	21
III. San Hilario de Poitiers. Mantenerse fiel a la fe del bautismo	31
IV. San Cirilo de Jerusalén. La unidad de la catequesis doctrinal, moral y mistagógica.....	39
V. San Basilio Magno. Cantor de la Trinidad y hombre de amor al prójimo.....	47
VI. San Gregorio Nacianceno. Defensor de la fe cristiana y siervo de la Palabra	59
VII. San Ambrosio. Vivir de acuerdo con la Revelación divina....	71
VIII. San Juan Crisóstomo. La sociedad construida a partir de la conciencia cristiana	79



IX. San Jerónimo. La Sagrada Escritura, guía del auténtico humanismo	93
X. San Agustín. Modelo para toda persona en la búsqueda de Dios.....	109
XI. San Cirilo de Alejandría. Custodio de la verdadera fe	145
XII. San León Magno. Ejercer el primado de Roma como servicio a la comunión.....	153
XIII. San Gregorio Magno. Siervo de los siervos por amor a Dios	161
XIV. San Isidoro de Sevilla. Confrontar la novedad cristiana con la herencia clásica	177
XV. San Beda el Venerable. Contribuir a la construcción de una Europa cristiana.....	185
XVI. San Juan Damasceno. Encarnación y renovación de la naturaleza humana	195
XVII. San Pedro Damían. Primado de Dios en la vida monástica	205
XVIII. San Anselmo de Canterbury. Amor a la verdad y constante sed de Dios	213
XIX. San Bernardo de Claraval. Don de ciencia y pensamiento teológico	221

XX.	Santa Hildegarda de Bingen. Modelo luminoso de la tradición mística medieval	229
XXI.	San Antonio de Padua. Reconocer la dignidad humana contemplando el crucifijo.....	239
XXII.	San Alberto Magno. Amistad entre ciencia y fe	249
XXIII.	San Buenaventura. Contemplar la inmensidad de Dios mediante el razonamiento y la admiración ..	257
XXIV.	Santo Tomás de Aquino. Modo correcto de hacer teología	267
XXV.	Santa Catalina de Siena. Consejera espiritual y doctora de la Iglesia	277
XXVI.	San Juan de Ávila. Sepan todos que nuestro Dios es amor	285
XXVII.	Santa Teresa de Jesús. Profundamente contemplativa y laboriosa...	301
XXVIII.	San Pedro Canisio. El catequista de Alemania, revitalizador de la fe católica	311
XXIX.	San Juan de la Cruz. Transformarse en Dios, meta única de la perfección	321
XXX.	San Roberto Belarmino. Concentrar las fuerzas del alma en Jesús, conocido, imitado y amado.....	331



XXXI. San Lorenzo de Brindis. Trabajar a favor del ecumenismo y la paz	339
XXXII. San Francisco de Sales. Testigo ejemplar del humanismo cristiano	347
XXXIII. San Alfonso María de Liguorio. Insigne teólogo moralista y maestro de vida espiritual	357
XXXIV. Santa Teresa de Lisieux. Doctora de la Iglesia, patrona de las misiones, experta en la ciencia del amor.....	367